

aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible; y más, que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida^a fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que, si esto no
5 hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.»

Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de D. Quijote; y, sin entender ni estar atenta á las razones
10 que le decía, procuraba^b, sin hablar palabra, desasirse. El bueno del arriero, á quien tenían despierto^c sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta la sintió,^d estuvo atentamente escuchando todo lo que D. Quijote decía, y, celoso de que la asturiana le hubiese faltado á^e la palabra por otro, se fué llegando
15 más al lecho de D. Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podía entender; pero como vió que la

a. ...la fe que tengo. GASP. = b. ...procura. BR.₂. = c. ...despiertos. A.₂, MAT. = d. ...sintió y esturo. BR.₃, TON., CL.,

RIV. = e. ...hubiese faltado la palabra por otro. C._{1,2,3}, V._{1,2}, BR._{1,2,3}, MIL., AMB., BOW.

Gallego, en su famosa composición *Á la defensa de Buenos Aires*, escribió:

«¿... será que en blando lecho
Descuidado yazgáis?»

Y Moratín:

«Martirizando sus cármenes de flores
Yace soberbio alcázar.»

(*La toma de Granada.*)

Con todo, como no sea fácil trazar una línea divisoria en lo que mira al uso de los vocablos, hase de consignar que la historia del que ahora se comenta ofrece variedad suma, lo mismo respecto á sus irregularidades *yago*, *yazgo*, *yazco*, que en lo que dice relación á su empleo en todas las épocas del idioma. Por eso, si leemos en la *Vida de Santo Domingo*, copla 61, de Berceo:

«Yace en Vitas Patrum dellos una partida
Toda gloria del mundo avien aborrecida.»

pareciéndonos vivir en plena Edad media; llegados al siglo XIX, vemos al *yacer* respirando nueva vida en los escritos del fecundo Bretón de los Herreros:

«Tal vez en su seno profundo *yacias*.»

(*Una de tantas*, acto I, esc. VII.)

«Yo la quiero sustraer
Á la opresión en que *yace*.»

(*Á lo hecho, pecho*, acto único, esc. XIII.)

«... corazón helado,

Yace en el seno del mortal que os odia.»

(*Poesías. «La Noche.»*)

moza forcejaba por desasirse, y D. Quijote^a trabajaba por tenerla^b, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y, no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los pies, más que de trote,
5 se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó^c que debían de ser pendencias de Maritornes, porque, habiéndola llamado á voces, no respondía. Con esta
10 sospecha se levantó, y, encendiendo^d un candil, se fué hacia donde había sentido la pelaza.

La moza, viendo que su amo venía, y^e que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun^f dormía, y allí se acorrucoó y se hizo un ovillo.
15

El ventero entró diciendo: «— ¿Adónde estás, puta? Á buen seguro que son tus^g cosas estas.»

a. ...y D. Quijote de la Mancha trabajaba. L.₁. = b. ...por tenella. C.₁, L._{1,2}, ARG.₂, FK. = c. ...y luego ymaginó. L.₁. = d. ...y encendió un candil. V._{1,2}. =

e. ...venía que era. ARG.₂. = f. ...que aunque mal ya dormía. ARG._{1,2}, BENJ. = g. ...que son tres cosas estas. C.₁, L.₂. = ...son tres cosas cosas estas. L.₁.

16. «— ¿Adónde estás, puta? — Aunque esta palabra (1) soez y propia de gente de picarada condición no denota (2) siempre deshonra, para valernos de la misma expresión de Cervantes:

«— Digo, — respondió Sancho, — que confieso que conozco que no es deshonra llamar *hi de p...* á nadie cuando cae debajo del entendimiento de albarle.» (*Quijote*, II parte, cap. 13.)

«¡ Oh, *hi de p...*, qué rejo tiene y qué voz! » (I, 25.)

«¡ Oh, *hi de p...*, *p...*, y qué rejo debe de tener la bellaca! » (II, 13.)

«¡ Oh, *hi de p...*, *p...*, y qué bien que lo ha hecho! » (II, 13.)

«¡ Oh, *hi de p...*, bellaco, y cómo es católico! (el vino). » (II, 13.)

«— ¿Veis ahí... cómo habéis alabado este vino llamándole *hi de p...*? » (II, 13.)

«¡ Oh, *hi de p...*, y qué cabellos! » (II, 21.)

Con todo eso, tal expresión se tiene hoy como signo de crudo realismo, tan crudo, que aun escritores nada pacatos, Galdós entre ellos, no se atreven á escribirla íntegramente, y muchos del vulgo, para evitar el escollo de su pronunciación, se acogen á la vulgar perifrasis de *las cuatro letras*.

Aun apareciendo tan sólo en obras de mero pasatiempo y recreo, á ella, más que á ninguna otra, es aplicable lo que se lee en las *Partidas* (ley II, título IV, pág. 11): «Las palabras que se dicen sobre razones feas y sin pro..., llámanse *cázurras*, porque son viles é desapuestas, et non deben ser dichas á homes buenos.»

(1) Y las que siguen.

(2) No denotaba en lo antiguo.

En esto despertó Sancho; y, sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una

Que ya en lo antiguo no fuese siempre nota de cultura, lo prueba el hecho de que algunos no osaban transcribirla en su totalidad:

«Castellanos y leoneses — tienen malas intenciones:

El conde Fernán González — y el buen rey Don Sancho Ordóñez

Sobre el partir de las tierras — ¡ay! pasan malas razones:

Llamábanse *hi de p...*, — hijos de padres traidores.»

(*Silva de romances*. — Zaragoza, 1550.)

En la *Vida del Gran Tacaño* (cap. 2), se duele el muchacho de que otro se lo hubiese dicho tan claro; y nosotros añadimos que, aunque se lo dijera más turbio, esto es, escoltado de toda clase de venias, salvedades y perdones, nunca sientan bien libertades como esta.

Si disuena que Lope dijese, en carta íntima al duque de Sessa (1611), «...con un melindre entre *p.* y grave me dijo», etc.; ¿cómo no ha de sorprender, aun trasladándonos á aquella época en que Fray Gabriel Téllez podía escribir en el auto sacramental *El Colmenero divino*:

«¿Quién serás?

El oso á quien los proverbios

Claman hambriento y rabioso:

¡Oxte *p.*! guarda el oso?»

Si maravilla, en verdad, que un siglo antes el salmantino Lucas Fernández, en el *Auto ó Farsa del nacimiento de Jesús*, pusiese en boca de un zagal:

«¡Cuán gran *p...* vieja es ella!

Peor es que Celestina»;

¿cómo no llamar, pues, la atención sobre el hecho de que el autor del *Don Quijote*, discreto en la mayoría de los casos, se regodee en la repetición del vocablo, en el grosero naturalismo, más propio de un Quevedo, y que llegue á escribirlo hasta diez y ocho veces, y no en significación de alabanza?:

«El ventero entró diciendo: —¿Adónde estás, *p...*? Á buen seguro que son tus cosas estas.» (I, 16.)

«— Pues ¡voto á tal!, — dijo D. Quijote, ya puesto en cólera, — don *hijo de la p...*, D. Ginesillo de Paropillo.» (I, 22.)

«...que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto matando á ese *hi de p...*, dese gigante.» (I, 29.)

«...digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un *hi de p...* y mal nacido.» (I, 30.)

«— Eso juro yo, — dijo Sancho; — para el *p.* que no se casare.» (I, 30.)

«¡Oh, *hi de p...*, bellaco, y cómo sois desagradecido!» (I, 30.)

«...no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye, *p.*» (I, 30.)

«...y la cabeza cortada es la *p...* que me parió.» (I, 37.)

«...y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante era la *p...* que te parió.» (I, 37.)

«...pues será mejor que nos estemos quedos y cada *p...* hile, y comamos.» (I, 46.)

«...que estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy *hi de p... p...* que lo parió.» (I, 52.)

«Oxte, *p.*, allá darás rayo.» (II, 10.)

y ^a otra parte, y, entre otras, alcanzó con no sé cuántas á Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el

a. ...y á otra parte. Riv.

«— Ni ella es *p...*, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos.» (II, 13.)

«— ¿Veis ahí, — dijo el del Bosque, en oyendo el *hi de p...* de Sancho.» (II, 13.)

«...me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, *p.* y gafo, con la añadidura de meón.» (II, 29.)

«— *Hijo de p...*, — dijo la dueña, toda ya encendida en cólera.» (II, 31.)

«*Hi de p...*, bellaco, pintor del mismo demonio.» (II, 47.)

«*Hi de p...*, ¡y qué corazón de mármol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa!» (II, 58.)

En esotro ejemplo no llega á escribirla, y por ventura no fuera tan fuerte como el malicioso deslizarse de labios del lector la palabra que, para dar más intención á la idea, se negó á trazar la pluma del novelista: «Que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué ni para qué por una...» (I, 25.)

Nada es parte á justificar en nuestros días el uso de tal voz; mas, contrayéndonos á los clásicos, ¿no podíamos decir á muchos de ellos: «— El que de vosotros esté sin pecado que arroje la primera piedra»? Ciertamente: hasta Mariana, el severo P. Mariana, llegó á escribirla, aunque poniéndola en boca de otro: «Frosarte, historiador francés de este tiempo, dice que D. Enrique, al entrar de aquel aposento, dijo: «— ¿Dónde está el *hi de p...* judío que se llama rey de Castilla?» Y que D. Pedro respondió: «— Tú eres el *hi de p...*, que yo hijo soy del rey D. Alfonso.» (*Historia de España*, lib. VII, cap. 13.)

El Padre Isla, en el *Fray Gerundio de Campazas*, dice: «...y no me puedo contener sin decir entre dientes *hi de p...*»

Cual sea la fuerza de este vocablo se deduce del *Memorial de Hazañas* al referir la farsa de Ávila y cómo fueron despojando la efigie del rey D. Enrique de los atributos de la majestad. Añade que dijeron, llenándola de baldones: «¡Á tierra, *p.*!»; palabra terrible que hizo llorar á muchos de los allí presentes.

Que en esta materia no sea Cervantes único y solo, queda ya justificado; pero hanse de añadir algunos ejemplos de autores no citados aquí, para dar más fuerza al argumento, bien que se omitan en obsequio al lector otros de los muchos que por curiosidad y para defensa de las citas anteriores hemos ido acotando:

«Y yo ayuno como un *p.*;

Pues ni los toco ni veo...»

(CALDERÓN. *La dama duende*, jorn. II, esc. XII.)

«Y ordena el demonio que las *p...* vendan las rentas reales dellos, porque los engañan, los enferman, los enamoran, los roban, y después los hereda el Consejo de Hacienda.» (QUEVEDO. *Visita de los chistes*.)

«Y, en fin, *hijo de p...*»

(SALAZAR Y TORRES. *Silvas*, 1.^a)

«Porque Apolo le dijo muy gruñendo:

— Suelta la disoluta,

Valga al diablo la *hija de la p...*»

(POLO DE MEDINA. *Fábula burlesca de Apolo*.)

«Pidieron al rey, á *p.* el *postre*, que llamase á la corte.» (*Centón Epist.*)

retorno á Sancho con tantas, que, á su despecho, le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, 5 pues, el arriero, á la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama, dejando á D. Quijote, acudió á dalle^a el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente; porque fué

a. ...á darle el socorro. MAI

4. Viendo, pues, el arriero, á la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama. — Quiere Clemencín que se diga *luz* y no *lumbre*; pero este vocablo indica mejor la pobreza de un candil sucio, opaco y casi apagado, como debía ser y era el de la venta; y juzgo que ésta es pincelada maestra, que acaba de presentar el contraste de aquella con los palacios y castillos de los libros mentirosos de la caballería, llenos de antorchas, etc. Es raro que el censor no atendiese á esto y al significado de la palabra *lumbre*, que tanto usa Cervantes, y otros autores, aun para expresar lo que él quiere. En la escena del cuerpo muerto se llama *lumbre* á las *hachas*; y en el *Persiles* (1) se lee: «...en las estrellas de sus ojos han tomado *lumbre* los míos.» Ej.:

«... allí viera los dolores crueles... allí... con que mira la *lumbre* del cielo que va ya dejando.» (J. P. DE OLIVA.)

«Los judíos, con sólo la *lumbre* del entendimiento, adoran á un solo Dios.» (COLOMA.)

«La *lumbre* es la que le llama,
Por ella se va guiando.»
(Fáb. de Hero y Leandro.)

«Á donde Pánfila sola
En un cerrado aposento
Estaba con muchas *lumbres*.»
(Apuleyo.)

«Á voces *lumbre* pedía.»
(SEPÚLVEDA.)

«Traídole habían *lumbre*.»
(ESCOBAR.)

Hoy mismo se usan ambas voces indistintamente, como puede verse en Saavedra:

«Del hogar la estancia toda
Falsa luz recibe apenas
Por las azuladas llamas
De una *lumbre* casi muerta.»
(El Fratricida.)

El diccionario de todas las palabras usadas en la inmortal novela mostrará que así el comentarista impugnado como el acre impugnador tienen sobrado fundamento para defender entrambos pareceres, ya que los vocablos *lumbre* y *luz* prestan autoridad, casi por igual, á uno y otro dictamen.

(1) Lib. II, cap. 5.

á castigar á la moza, creyendo, sin duda, que ella sola era la ocasión de toda aquella armonía. Y, así como suele decirse el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo. Y fué lo 5 bueno que al ventero se le apagó el candil, y, como quedaron á escuras, dábanse tan sin compasión todos á bulto, que á^a doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que ^b llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el cual, oyendo 10 asimismo el extraño^c estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á escuras en el aposento diciendo: «— ¡Ténganse á la justicia! ¡Ténganse á la Santa Hermandad!» Y el primero con quien topó fué con el apuñeado 15 de^d D. Quijote, que^e estaba, en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno; y, echándole á tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: «— ¡Favor á la justicia!» Pero, viendo que el que tenía asido no se bullía ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y, con esta sospecha, reforzó la voz diciendo: «— ¡Ciérrese la puerta 20 de la venta! ¡Miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre!»

Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el

a. ...que doquiera. MAI. — b. ...de los que se llaman. PELL. = c. ...asimismo el estruendo de la pelea. PELL. = d. ...con

el apuñeado D. Quijote. V. 1. 2, MIL., ARG. 1. 2, BENJ. = e. ...D. Quijote estaba en su derribado. V. 1. 2.

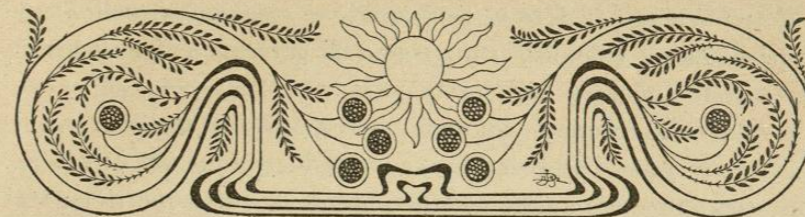
3. ...daba el arriero á Sancho. — Muy pujante se muestra la vida en todo este episodio; pero aun luce más gallarda, gallardísima, en la presente escena: toda ella chorrea sangre. Propio de un mesón, el lenguaje está denunciando ser el que se usa señaladamente en las cárceles y ventas de España. Sí, la idiosincrasia de la frase *el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo*, acaso no tenga par en lengua extranjera; pero lo que seguramente no lo tiene es que tal juego de palabras va escoltado por otras no menos graciosas, fáciles y ligeras: *daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban punto de reposo*. Llega á tal extremo la plasticidad de la frase, y avalora tanto su gracia y donosura, que mal año para aquella elegancia de *callaban todos y mirábanse todos: Doro-tea á D. Fernando, D. Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio* (I, 36).

Diríase que la fría imitación embaraza aquí el movimiento de la pluma al escritor, y que la fresca espontaneidad la hace correr allí con inimitable soltura y ligereza.

arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho: solos los ^a desventurados D. Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó, en esto, el cuadrillero la barba de D. Quijote, y salió á buscar luz, para buscar y prender ^b los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero, de industria, había muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso ^c acudir á la chimenea, donde, con mucho trabajo y tiempo, encendió el cuadrillero ^d otro candil.

a. ...los dos desventurados. RIV. = al cuadrillero acudir. ARG.₂. = d. ...encendió otro candil. ARG.₂.

b. ...prender á los. MAL. = c. ...forzoso



CAPÍTULO XVII

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo D. Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que, por su mal, pensó ^a que era castiño

HABÍA ya vuelto, en este tiempo, de su parasismo D. Quijote; y, con el mismo tono de voz con que el día antes había llamado á su escudero ^b cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: «— Sancho amigo: ¿duermes ^c? ¿Duermes, amigo Sancho?»

a. ...por su mal D. Quijote pensó que. ARG.₁, BENJ. — ...por su mal pensó D. Quijote que. ARG.₂. = b. ...antes le había llamado á él su escudero. ARG.₂. — ...antes había hablado á su escudero. MAL. = c. ...¿duerme? L.₁.

Espejo del mundo real, animado cuadro de costumbres populares, pintura inimitable así de caracteres como de fenómenos fisiológicos; las escenas que ahora se narran, de tal suerte roban el aplauso del lector, y dejan en su ánimo tan imperecedero recuerdo, que el distraído niño, la indiferente doncella, el anciano á quien solicitan graves cuidados, recuerdan siempre con regocijado semblante al positivista del ventero, al mascarón de la feróstica Maritornes, trocado ahora, por lo compasivo de su corazón, en simpática figura; y, junto á ésta, la gente burlona del Potro de Córdoba, los maleantes perailles de Segovia, y los dos vecinos en extremo alegres y juguetones de la Hería de Sevilla.

Tan verosímil, tan real, tan llena de vida y donaire está la pintura, que las bascas de Sancho y su manteamiento (que al fin perdonó, en gracia á no haber quebrantado con la paga las tradiciones caballerescas) acaso no tengan par en la historia del realismo fiel y, con todo eso, bello en grado eminente.